

LA PERSPECTIVA METACOGNITIVA

El trabajo con estrategias cognitivas y metacognitivas se ha desarrollado ampliamente en relación con la lectura. Para la escritura, este proceso apenas se está desarrollando y algunos autores y textos conocidos como los de Cassany (1995 y 1999) y Díaz Barriga y Hernández (1998), toman las teorías de Flower y Hayes, Scardamalia y Bereiter en algunos de sus momentos. Nuestro propósito es proponer un programa que, basado en los elementos fundamentales de estas teorías, integre un trabajo consciente y sistemático, orientado al desarrollo de estrategias tanto cognitivas como metacognitivas para la producción textual. Buscamos, de esta manera, que en sus prácticas de lectura y de escritura académicas, los estudiantes asuman *un comportamiento estratégico*, mediante el que no solamente van a aprender sobre unas temáticas específicas, sino sobre la lengua, sobre los modos específicos de escritura y sobre la regulación del proceso para llegar así a la construcción de conocimiento.

LOS CONOCIMIENTOS PREVIOS Y LA ESCRITURA

En la escritura, al igual que en la lectura, el sentido que se intenta crear también depende de la activación de los conocimientos previos apropiados en relación con el tópico del texto. Los esquemas cognitivos, según Rumelhart (1980), citado por López (1997), son paquetes estructurados de conocimiento y procedimientos de acción en distintos ámbitos específicos, almacenados de manera organizada en la memoria a largo plazo. Es decir, son los conocimientos organizados que posee cada sujeto sobre los objetos, los procesos y los eventos que en los procesos de escritura son activados de manera continua durante su desarrollo. Los esquemas se di-

viden en conceptuales y formales. Los esquemas conceptuales, que tienen que ver con los contenidos del texto, son de tipo general o específico. Los primeros se refieren al conocimiento que tenemos del mundo, de la lengua, de la cultura e incluyen los valores aceptados por el grupo social y las actitudes y creencias del individuo. Los específicos son los conocimientos del área disciplinaria y del tópico particular del que trata el texto. Por su parte, los esquemas formales tienen que ver con los modos de organización del discurso, así como con el uso de claves retóricas y elementos lingüísticos apropiados para construir el texto, con el fin de responder a una intención comunicativa y a una audiencia particular.

En este marco, lectura y escritura comparten ciertos rasgos que nos permiten asumir la escritura como la primera de todas las lecturas de un texto. Por una parte, como lo plantean distintos autores, Cassany (1999), entre otros, toda escritura es lectura e interpretación de lo que se va escribiendo; en el proceso de construcción del texto, el escritor va leyéndolo, interrogándolo para evaluar si está consiguiendo sus propósitos. Por otra parte, de la misma manera que en la lectura, en la producción de un texto es evidente que el sujeto depende de su conocimiento previo del mundo, del tema, de la lengua y de los tipos de textos para lograr el objetivo fundamental de comunicar lo que se pretende. Queremos resaltar que, a medida que se va desarrollando el proceso de composición del texto, estos conocimientos se van transformando a partir de la documentación, el análisis, la discusión y la reflexión de los saberes propios de cada disciplina. Por esto es que la escritura depende de un buen manejo de la lectura, que se constituye en un elemento fundamental para la construcción de contenidos temáticos que vayan más allá de los conocimientos previos de quien escribe y, de esta manera, como lo plantean Bereiter y Scardamalia (1982), pasar de “decir el conocimiento” a transformarlo.

Ahora bien, en el proceso de escritura, el escritor se ve obligado a crear una situación de comunicación, mientras que el lector, en cambio, la recrea. Dicha situación está determinada por el propósito de la tarea, la audiencia prevista y el contexto de la situación comunicativa; de estos aspectos depende el tipo de texto que utiliza el escritor. Estos aspectos, a su vez, determinan la profundidad de tratamiento del contenido y hacen que en el proceso mismo de escritura el autor amplíe su conocimiento.

Desde esta perspectiva, además de todo ese *conocimiento declarativo*, el escritor necesita tener unas estrategias cognitivas y metacognitivas de lectura y de escritura que le permitan planificar, supervisar y evaluar sus procesos y los resultados que va obteniendo, procesos en los que interviene su *conocimiento procedimental*. De esta manera, tanto la lectura como la escritura se constituyen en verdaderos procesos de aprendizaje y de construcción de conocimiento. Nuestra experiencia nos muestra, sin embargo,

que los estudiantes difícilmente hablan de planificación; no tienen conciencia de lo que implica la elaboración de un texto, no elaboran un plan, no reconocen la necesidad de supervisar permanente el proceso; en cuanto a la evaluación, consideran que lo revisable del texto es la ortografía y la puntuación y no identifican en sus textos problemas que vayan más allá. En términos generales, no tienen un propósito claro en la composición de un texto y asumen como su único lector al profesor con quien tienen conocimientos compartidos y por ello omiten la construcción autónoma del texto. Además de lo anterior, manejan el concepto único de texto escrito como la recopilación de información de los textos consultados y lo escriben, por lo general, en forma narrativa.

Esta situación nos lleva a plantear un trabajo de estrategias de escritura que le permita a los estudiantes: ampliar sus esquemas de conocimiento declarativo y procedimental no solamente sobre la temática que va a abordar, sino sobre la lengua y sobre los modos de leer y de escribir y, además, hacer conciencia de que la reflexión durante el proceso, la redacción de borradores, la revisión y la reelaboración continua del texto y de sus partes, así como la lectura y la evaluación de su texto por otros, los pueden ayudar a ser verdaderos escritores, proceso que les posibilita, a su vez, una verdadera apropiación del conocimiento.

EL TEXTO

Como se ha venido planteando, el proceso de producción textual se fundamenta en la interacción permanente del sujeto con el texto que va produciendo, por lo tanto, éste último y sus características harán más o menos difíciles los procesos que se deban seguir para su composición. Como decíamos, el tipo de texto y sus características responde a una situación de comunicación particular: un tema previsto, una intención de quien escribe, una audiencia a quien se dirige.

El texto se puede definir como un modo de expresión que cumple una función comunicativa (de Beaugrande y Dressler, 1983) y para que esta función se cumpla debe reunir ciertos factores de textualidad. Unos son directamente dependientes e internos al texto: *la cohesión*, que tiene que ver con la manera en que los componentes de la estructura superficial están conectados y de cómo estas relaciones están marcadas lingüísticamente; *la coherencia*, que tiene que ver ya con el texto como un todo y alude al modo en que los conceptos e ideas subyacentes están relacionados entre sí, a veces explícitamente, otras veces de manera implícita. Los otros rasgos están relacionados con la *interacción comunicativa*: los participantes y el contexto. En relación con *los participantes* están: la intencionalidad, que depende del autor, de su actitud e intención comunicativa; la *aceptabili-*

dad, que permite determinar la relevancia que el texto tiene para el lector, y la *informatividad*, la manera como el texto contribuye a la interacción con el lector. En cuanto al *contexto*, tenemos la *situacionalidad*, que determina la relevancia del texto en relación con la situación de comunicación, y la *intertextualidad*, que establece la dependencia y comunicación del texto con otros textos.

Dependiendo de la manera como se organizan los textos, de las estructuras de la información, de las formas lingüísticas seleccionadas para expresar esa información y de las marcas o señales lingüísticas, retóricas o discursivas que se usen, los autores que han trabajado sobre el tema plantean que hay varios tipos de textos, siendo los más comunes: *narrativos*, *expositivos*, *descriptivos*, *instruccionales* y *argumentativos*. Esto no quiere decir, sin embargo, que haya textos “puros”, de una tipología única, sino más bien “prototipos” (Adam, 1992) o sea textos que son predominantemente narrativos, expositivos, etc., pero en los que el autor, como recurso retórico, introduce instancias de otros tipos, lo que hace aún más complejo para el autor la organización discursiva del texto.

El conocimiento sobre los distintos tipos de textos, sobre la manera como se organizan, sobre sus marcas discursivas constituye, como decíamos, los *esquemas estructurales, formales o textuales* y son esenciales para su construcción. Aunque una parte de esos esquemas formales se adquieren por la experiencia con una diversidad de textos que circulan en el entorno, es importante desarrollar un trabajo sistemático de estrategias de escritura de distintos tipos de textos, ya que el conocimiento que los estudiantes poseen de los textos es demasiado general y no permite que a la hora de enfrentarse a la escritura resuelvan de manera adecuada qué y cómo debe realizar la tarea de escritura y cómo manejar y organizar la información obtenida para construir un buen texto.

En el ámbito escolar, se cree que los estudiantes saben escribir textos narrativos, pero el esquema que ellos traen del texto narrativo es simple: presentación, nudo y desenlace o estado inicial, complicación y estado de cambio. Los estudiantes no saben construir episodios, manejar narradores, complicaciones, descripciones, etc. y difícilmente pueden estructurar una narración compleja. En cuanto al ensayo, tipo de texto propio del ámbito académico, los estudiantes saben que tiene introducción, desarrollo y conclusiones, pero no pueden manejar las unidades discursivas necesarias para componer cada una de sus partes y, sobre todo, les cuesta mucho trabajo construir argumentos. Es por todo esto que consideramos necesario un trabajo de aula en el que se haga evidente cada uno de los pasos para componer el texto y se revisen y discutan las posibles dificultades en ese proceso de construcción, es decir, que se desarrolle en el aula un trabajo de control y de regulación del proceso que incluye tanto la selección, el uso

y la organización adecuados de la información; el manejo de los aspectos pragmáticos y retóricos relacionados con la intención y la audiencia; la citación adecuada de las fuentes como el uso apropiado de los elementos gramaticales de la lengua, de los conectores y de los signos de puntuación.

ESTRATEGIAS METACOGNITIVAS

Las *estrategias cognitivas* para la escritura corresponden a las actividades mentales que realiza el escritor, los procedimientos y las actividades que debe emprender para traducir al texto escrito sus conocimientos, pensamientos, sentimientos y la manera como organiza la información para producir un texto coherente, de acuerdo con una audiencia y una intención, en un contexto comunicativo social particular. Para ello debe tener en cuenta aspectos fundamentales para la comunicación escrita: el uso sociocultural de la lengua, los aspectos ortográficos, léxicos, sintácticos, el estilo adecuado y la organización textual pertinente para la comunicación apropiada de sentido. Escribir exige, además, que el autor tenga un conocimiento amplio del tópico que ha elegido, por eso nuestra propuesta concuerda con Ong (1987) en cuanto a *la función reestructurada del pensamiento* que tiene el lenguaje escrito, ya que el problema de escribir un texto también pasa por el qué, en relación con el grado de profundidad que posee el autor sobre el tema elegido. En cuanto a la organización del texto, consideramos, como lo plantean diversos autores, que la escritura pasa por tres procesos recurrentes que son fundamentales: *la planificación, la textualización y la revisión*.

En el marco anterior, puesto que el escritor debe tomar decisiones continuas sobre las exigencias que le plantea la tarea para que el proceso sea eficaz, reflexivo y crítico, es necesario que el autor asuma el control del proceso, su supervisión y evaluación permanentes. Es decir, el escritor debe hacer uso de unas *estrategias metacognitivas*. Para Flavell, la metacognición “se refiere a los conocimientos de uno mismo sobre sus procesos y productos cognitivos o a todo lo relacionado con ellos... la metacognición indica, entre otras cosas, el examen activo y la consiguiente regulación y organización de esos procesos en relación con los objetos cognitivos sobre los que versan, por lo general al servicio de un fin u objetivo concreto” (Flavell, 1976 citado por Rinaudo M. C, 1993).

Las estrategias metacognitivas son fundamentales para el proceso de la escritura porque permiten al escritor hacer conciencia de las operaciones necesarias para la selección, transformación, producción y evaluación de la información necesaria para construir un texto, a la vez que le permiten planificar, controlar y autorregular su producción. Esto implica tener conciencia de lo que está pasando a nivel cognitivo mientras está produciendo

el texto. La mayoría de los estudiantes cuando escriben no son conscientes de posibles dificultades en su desarrollo, ni en qué parte del proceso radica la dificultad de la composición del texto. Hay dificultades de diverso orden, pero la más común se debe a la falta de dominio conceptual para construir el texto, seguida de la falta de conocimiento y de conciencia sobre el tipo de texto que corresponde a la tarea propuesta; luego siguen los problemas de textualización, acompañados de los de ortografía y del uso adecuado del léxico. El uso de estrategias metacognitivas, que exige conciencia permanente sobre el proceso durante su ejecución, le posibilita al sujeto regular sus procesos, por lo tanto, puede darse cuenta de las dificultades, precisarlas y elegir alternativas para solucionarlas.

Otra característica fundamental del comportamiento metacognitivo es que hace que el sujeto asuma *conciencia* sobre sí mismo, sus limitaciones y fortalezas, así como sobre el conocimiento y sobre cómo se logra éste; que sea consciente de lo que sabe y lo que no sabe, de lo que conoce o no, así como de lo que le permite conocer y de lo que necesita para llegar a conocer. Por lo tanto, las estrategias de metacognición facilitan la producción textual, ya que permiten al sujeto *controlar* los diversos frentes que tiene que cubrir al producir un texto: definir cómo lo puede hacer mejor para lograr los propósitos previstos; identificar, dentro de la complejidad del conocimiento, qué debe manejar para producir un texto y, sobre todo, darse cuenta de las dificultades en el proceso, dónde radican y asumir así la búsqueda de soluciones.

Desde esta perspectiva, consideramos que existen diversas razones que muestran la necesidad de trabajar en la universidad procesos de escritura académica, a partir del desarrollo de estrategias cognitivas y metacognitivas. A la educación se le reclama desde diferentes sectores la necesidad de formar individuos analíticos y críticos, capaces de asumir posición ante el conocimiento y ante los problemas que se le presenten, que indaguen y creen para la evolución de la ciencia y de la tecnología. Considerando que la escritura es un componente fundamental del conocimiento, desde ella se pueden asumir, permitir e incentivar procesos de crítica y de reflexión alrededor de dicho componente. Siempre ha existido la disculpa de que la formación en lectura y en escritura se debe lograr en la educación básica y los estudiantes que llegan a la universidad deben enfrentar su formación profesional más allá de sus dificultades, sin que la universidad se ocupe de equiparlos para las exigencias académicas de la educación superior. Si la universidad está comprometida con una verdadera formación profesional, debe asumir la responsabilidad de emprender procesos de investigación que le permitan, por una parte, construir estrategias para solucionar los problemas que tienen que ver con los procesos de aprendizaje en las distintas disciplinas y con la construcción del conocimiento. Por otra parte, es

claro que asumir la formación profesional de esta manera significa buscar que los estudiantes lleguen a ser miembros de unas comunidades académicas específicas, que se caracterizan por unas prácticas discursivas propias de las distintas disciplinas, asunto que necesariamente pasa por unos modos particulares de leer y de escribir, que no son los mismos de los niveles anteriores.

Este proceso exige, entonces, devolver a la escritura y a la lectura el carácter de procesos fundamentales para solucionar problemas y para abrir caminos hacia lo desconocido. Así mismo, en cuanto a la escritura académica en particular, ésta le permite al individuo establecer relaciones interdisciplinarias, al aprender que en la construcción de un texto es necesario realizar procesos de lectura y formular hipótesis que conducen a otras áreas del saber, a otros textos, a otras escrituras y lecturas. Destacamos, de esta manera, que escribir no es el fin de un proceso y que la escritura, como la lectura, es una parte integral y fundamental en la construcción de conocimiento y, por lo tanto, de los procesos de aprendizaje y de formación profesional. Finalmente, la escritura es digna de ser investigada desde una perspectiva metacognitiva, en relación con la posibilidad de desarrollar estrategias que le permitan al estudiante hacer de ella un proceso intencional, consciente, reflexivo y creativo, y, por lo tanto, desarrollar su autonomía frente a sus procesos académicos y socioculturales en general.

Así como se plantea para la lectura, para la construcción del conocimiento en la escritura se hace necesario que los sujetos asuman el control, la supervisión y la evaluación permanentes de su propio proceso de comprensión de la información y de los aspectos que están implicados en la producción del texto. También aquí podemos hablar de escritores con:

1. Poca o ninguna conciencia de la complejidad que implica la tarea de escritura. Por lo general, se emprende esta tarea con lo que se tiene, hay un afán de escribir para cumplir la tarea y se trata de construir el texto acudiendo sólo a los conocimientos previos, situación que corresponde al modelo de *decir el conocimiento*.
2. Poca o ninguna conciencia de las dificultades que se tienen a la hora de construir un texto; los estudiantes difícilmente pueden ubicar el nivel en el que se les presenta la dificultad: en el conocimiento de la lengua, en el manejo de la información obtenida, en la falta de profundidad en el conocimiento del tema y en la falta de claridad sobre el tipo de texto y sobre su construcción.
3. Poca o ninguna conciencia de la necesidad de usar estrategias compensatorias para solucionar las dificultades o fallas en la producción del texto.

En general, cuando se trata de escribir un texto los estudiantes “saben” que antes de escribirlo se necesita elaborar un plan de escritura como guía; de la misma manera “saben” que deben buscar información para elaborarlo, pero una vez emprenden el trabajo de la escritura abandonan el plan – “si lo hicieron” – e inician una actividad que desborda su capacidad de control sobre dicho trabajo. Además, no tienen conocimiento ni conciencia sobre el manejo de la información según el tipo de texto y tratan de utilizar fragmentos de otros documentos para organizar los propios, sin tener claridad sobre los diversos usos de las fuentes y el espacio que debe ocupar en el texto la construcción personal sobre el tema. Como ya se dijo, se emprende una escritura en la que predomina el afán de decir lo que se sabe y de copiar la información recopilada para cumplir con la tarea, lo que desborda el control del sujeto; de allí la dificultad para hacer una evaluación clara del texto que se está produciendo y es, entonces, cuando la evaluación queda únicamente en manos del profesor.

Para resolver esta situación proponemos un trabajo de *estrategias metacognitivas* que se centran en tres aspectos básicos:

1. Adquisición o refinamiento del conocimiento sobre el proceso de escritura como la posibilidad de construir conocimiento y de sus implicaciones.
2. Toma de conciencia sobre la necesidad de controlar y de regular el propio proceso en su desarrollo.
3. Mayor motivación y responsabilidad como escritor, lo que implica: tener conciencia sobre la construcción del conocimiento, del manejo de la información, de la lengua y del tipo de texto que está escribiendo y para quién en realidad lo está haciendo.

En relación con la escritura las estrategias metacognitivas se pueden definir así:

Planificación. La conciencia sobre el funcionamiento del pensamiento y el reconocimiento de los factores que permiten asumir la escritura del texto como un proceso que implica una tarea compleja de solución de problemas, orientados a la construcción de conocimiento, hace necesario tomar decisiones sobre cómo obtener los resultados esperados en la solución del problema que implica la escritura, qué le es favorable y qué no para el proceso de composición; qué conoce en realidad sobre el tema, sobre la lengua escrita y sobre el tipo de texto; por dónde debe iniciar el proceso de indagación y de elaboración del texto.

Para la planificación del texto, el escritor debe tener conciencia sobre:

- Objetivos, propósitos y metas de la tarea particular.
- Perfil del lector que va a construir: a quién va a dirigir su discurso.
- Las condiciones en que el texto se va a producir y se va a recibir.
- El tipo de texto que se debe seguir para su elaboración.
- Las estrategias que va a emplear tanto para la documentación como para la elaboración del texto.

Control y regulación del proceso durante y después. Comprobar si se está llevando a cabo lo planificado o si se necesita modificar el plan inicial:

1. Tener claro y no perder de vista durante la documentación, el plan global para la composición del texto, así como el propósito de la tarea y la audiencia para responder a las demandas. Planificar qué estrategias va a utilizar y qué procedimientos va a seguir en el desarrollo de la tarea de documentación, de redacción y de revisión del texto.
2. Enfocar selectivamente la atención, según sea necesario, en la producción de las unidades discursivas del texto, sin perder de vista la unidad global.
3. Verificar si las estrategias y el procedimiento son adecuados para conseguir los objetivos propuestos. Si hay dificultades, identificarlas y saber de qué tipo son, a qué se deben y tratar de resolverlas. En cuanto al origen de las dificultades, el escritor debe tener claro que los problemas pueden estar en varios niveles de la composición del texto: de tipo conceptual, manejo apropiado de la información necesaria para construir el texto, organización de las ideas, fallas formales. En síntesis, el escritor debe tener control permanente sobre los dos aspectos fundamentales de la composición del texto: el retórico y el contenido.

Evaluación. Tiene que ver con el proceso constante de reflexión y de análisis sobre las actividades desarrolladas durante la escritura y sobre los resultados obtenidos. Para esto, es importante hacerse preguntas sobre lo que dice el texto y lo que quiere decir, saber si el proceso desarrollado fue adecuado y reflexionar sobre cómo lo puede hacer mejor. En nuestra propuesta, integramos las estrategias metacognitivas orientadas a la conciencia y el control del proceso de comprensión del texto, con los aspectos de planificación, textualización y revisión, y con la atención permanente a los problemas de contenido y retóricos, tal como se describe más adelante en la metodología del programa de intervención.